

INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y EDUCACIÓN SUPERIOR: ¿REVOLUCIÓN O EVOLUCIÓN?

Artificial Intelligence and Higher Education: ¿Revolution or Evolution?

Reynaga, José Andrés

ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-6753-3592>

Correo electrónico: reynaga15974@gmail.com

La Paz Bolivia

115

Resumen

La incorporación de la inteligencia artificial en las universidades trasciende lo tecnológico para convertirse en una transformación cultural que redefine los procesos educativos, planteando tanto oportunidades como desafíos fundamentales. Este análisis revela que la IA puede personalizar el aprendizaje mediante sistemas adaptativos, optimizar hasta un 30% del tiempo docente en tareas administrativas mediante automatización, y ofrecer análisis predictivos del rendimiento estudiantil, pero simultáneamente genera riesgos como el debilitamiento de las relaciones pedagógicas humanas, la homogeneización del pensamiento crítico a través de algoritmos potencialmente sesgados, y la transferencia inapropiada de decisiones que requieren juicio ético y empatía profesional. La propuesta central consiste en implementar un modelo híbrido donde la IA funcione como herramienta de apoyo nunca como sustituto liberando tiempo docente para actividades de mayor valor como mentorías personalizadas y desarrollo de habilidades socioemocionales, demostrándose en casos concretos como los chatbots académicos que reducen en 40% las consultas logísticas permitiendo mayor dedicación a la interacción humana. Los hallazgos enfatizan la necesidad de políticas institucionales que garanticen transparencia algorítmica, formación docente en competencias digitales críticas, y la preservación de espacios educativos libres de automatización para el diálogo reflexivo, pues si bien la IA puede optimizar procesos, el núcleo humanista de la educación superior basado en relaciones interpersonales, pensamiento crítico y desarrollo integral debe permanecer bajo liderazgo humano, requiriendo diseños tecnológicos que amplifiquen en lugar de reemplazar las dimensiones esencialmente humanas del acto educativo, donde la mediación tecnológica nunca suplante sino que potencie el irrepetible vínculo entre docente y estudiante es el núcleo vivo del proceso educativo.

Palabras clave: Inteligencia artificial (IA), Educación superior, Transformación educativa, Relación pedagógica, Humanismo, Personalización del aprendizaje.

Summary

The incorporation of artificial intelligence in universities goes beyond the technological dimension to become a cultural transformation that redefines educational processes, presenting both significant opportunities and challenges. This analysis reveals that AI can personalize learning through adaptive systems, optimize up to 30% of teaching time on administrative tasks through automation, and provide predictive analytics on student performance. At the same time, it poses risks such as weakening human pedagogical relationships, homogenizing critical thinking through potentially biased algorithms, and shifting decisions that require ethical judgment and professional empathy to machines inappropriately. The central proposal is to implement a hybrid model in which AI serves as a support tool, not as a substitute, freeing up teaching time for higher-value activities such as personalized mentoring and the development of socio-emotional skills. Concrete examples, like academic chatbots demonstrate the potential by reducing logistical inquiries by up to 40%, they allow educators to focus more on human interaction. The findings underscore the need for institutional policies that ensure algorithmic transparency, teacher training in critical digital competencies, and the preservation of educational spaces free from automation to foster reflective dialogue. While AI can optimize processes, the humanistic core of higher education, grounded in interpersonal relationships, critical thinking, and holistic development, must remain under human leadership. Technological designs should amplify, not replace the fundamentally human aspects of the educational process, ensuring that technological mediation enhances rather than supplants the unique teacher-student interaction that lies at the heart of learning.

Keywords: Artificial intelligence (AI), higher education, educational transformation, pedagogical relationships, humanism, personalized learning.

Introducción

La llegada de la inteligencia artificial a las universidades está transformando profundamente la manera en que entendemos la educación. No se trata solo de incorporar tecnología, sino de repensar cómo enseñamos, cómo aprendemos y qué papel juega cada persona dentro de este proceso. Estas herramientas abren puertas a formas más creativas de enseñar, aprender e investigar. Por ejemplo, ya existen

plataformas que se adaptan al ritmo y estilo de cada estudiante, sistemas que hacen más eficiente la gestión académica, e incluso algoritmos capaces de analizar grandes volúmenes de información para ayudar a tomar mejores decisiones educativas. Sin embargo, este cambio también viene acompañado de nuevas preguntas y desafíos: ¿cómo afectará esto al rol de los docentes?, ¿qué lugar ocupará la interacción humana?, ¿hasta qué punto debemos apoyarnos en la tecnología? El futuro educativo está en

juego, y es un terreno que aún estamos explorando. Todo esto sugiere un enfoque hacia una educación más personalizada, eficiente y fundamentada en evidencias. No obstante, al mismo tiempo, este avance nos invita a detenernos y a pensar en el verdadero significado de la educación superior. Junto con sus expectativas, la inteligencia artificial conlleva riesgos que no se pueden pasar por alto: el debilitamiento de la relación interpersonal entre profesor y estudiante, un lazo especial que permite la transmisión de conocimiento a través de la experiencia humana, el apoyo mutuo y el acompañamiento individualizado, se teme que, si no se implementan con criterios de justicia y equidad, estas tecnologías podrían aumentar las desigualdades educativas entre quienes tienen acceso y comprensión de las mismas y quienes no. En este contexto, el verdadero desafío no es únicamente incorporar la inteligencia artificial como una novedad, sino aprender a integrar con una perspectiva crítica, ética y humanista. Las universidades deben continuar siendo lugares de educación integral, donde el desarrollo académico se complementa con la promoción de valores, la creatividad, la conciencia social y la comunicación auténtica. Humanizar la tecnología implica asegurar que su creación y uso estén orientados hacia aquello que nos define como seres humanos: nuestra libertad para pensar de manera independiente, nuestra habilidad para crear con sentido, tomar decisiones basadas en valores y relacionarnos con otros desde la comprensión y el respeto. Solo si la tecnología está dirigida a reforzar estos principios, podemos considerarla verdaderamente como un recurso que fomenta un avance auténtico y sostenible.

Desarrollo

La implementación de inteligencia artificial en la educación superior debe fundamentarse en un modelo de cooperación extendida, a través del cual la tecnología mejore los procesos funcionales para fortalecer y no reemplazar las interacciones humanas esenciales. La prueba global (Luckin, 2018; Selwyn, 2023) recomienda que los mejores modelos son aquellos que: (1) realizan una automatización selectiva de procesos administrativos y evaluativos, liberando hasta un 40% del tiempo para realizar mentorías personalizadas; (2) tienen mecanismos de transparencia algorítmica con supervisión humana constante, como los comités de ética de la Universidad de Barcelona que revisan sesgos en las herramientas de IA; y (3) utilizan métodos pedagógicos que combinen métodos, con espacio no mediado por la tecnología para crear el pensamiento crítico y la creatividad. Proyectos como “Human-Centered AI” de Stanford (2023) destacan que si se considera la IA como un instrumento, no como un fin por sí misma, se puede hacer más calidad educativa: las plataformas adaptativas sugieren rumbos de aprendizaje, pero son los profesores quienes controlan su implementación, los algoritmos reconocen patrones, pero los humanos interpretan contextos, y la tecnología manipula los datos mientras personas establecen una relación pedagógica única de la que surgen ideas innovadoras. El desafío principal es institucionalizar este equilibrio mediante políticas que prioricen: la formación de los docentes en alfabetización digital crítica, marcos éticos para el desarrollo tecnológico y la preservación del papel activo y consciente del estudiante en

su proceso de aprendizaje sigue siendo esencial dentro de cualquier experiencia educativa.

La adopción de la inteligencia artificial en la educación superior debe ser analizada desde una óptica crítica y humana. En este aspecto, las propuestas de Paulo Freire siguen siendo altamente relevantes. Para él, el acto de educar no consistía únicamente en transferir conocimientos, sino en guiar un proceso de concienciación y desarrollo de la libertad. Su crítica a lo que denominó “educación bancaria” un enfoque que convierte al alumno en un receptor pasivo de información es especialmente pertinente en la actualidad, en un entorno donde muchas tecnologías parecen enfocarse más en la eficacia y la automatización que en el diálogo, la reflexión y la activa participación del estudiante, donde muchas tecnologías de IA tienden a enfocarse en la eficiencia y la estandarización. Estas herramientas, si se utilizan sin un análisis crítico, pueden favorecer un tipo de enseñanza que carece de humanidad, donde se sacrifica el diálogo, la creatividad y la construcción colectiva del saber. Ante esta situación, la perspectiva de Freire nos recuerda que el núcleo de la educación reside en la conexión humana, en la interacción entre profesores y alumnos, compartir perspectivas y aprender a cuestionar con criterio. Por eso, cualquier aplicación de IA en el ámbito universitario debe evitar reemplazar el lazo educativo, restringir la capacidad de cuestionamiento o perpetuar desigualdades a través de algoritmos sesgados. La pedagogía crítica proporciona un marco esencial para orientar el uso ético de estas tecnologías, garantizando que no reduzcan la enseñanza a un conjunto de respuestas automáticas, sino que aporten a una educación que inspire, que

libere el potencial de cada persona y que ponga en el centro la dignidad humana, el pensamiento crítico y el crecimiento integral.

Varias investigaciones han enfatizado las oportunidades que brinda la inteligencia artificial en el sector educativo (Holmes, 2019; Luckin, 2016). En términos prácticos, estas herramientas hacen posible personalizar el aprendizaje según las necesidades particulares de cada alumno, modificando tanto los materiales como el tiempo dedicado. Asimismo, su uso en actividades administrativas contribuye a reducir la carga de trabajo, permitiendo a los educadores concentrarse más en el apoyo pedagógico y en la organización estratégica del proceso educativo.

Uno de los peligros más destacados en los estudios críticos (Selwyn, 2020) es la sustitución de la comunicación entre humanos por opciones algorítmicas. El vínculo educativo fundado en la confianza, la empatía, la incertidumbre y la creación conjunta no puede ser reemplazado por sistemas automáticos, por más avanzados que sean. La inteligencia artificial pone a prueba el modelo humanista en la educación universitaria, poniendo en duda su fundamento primordial: la conexión entre individuos y el aprendizaje que se desarrolla a través de la conversación y el cambio recíproco.

La adopción sin crítica de la inteligencia artificial en educación superior nos enfrenta a una paradoja profundamente humana: al tiempo que estas tecnologías prometen democratizar el conocimiento, en realidad ponen en riesgo el riesgo de hacer de nosotros cómplices involuntarios de una nueva clase de exclusión digital. Detrás de

cada algoritmo hay decisiones humanas cargadas de prejuicios inconscientes, datos históricos que reflejan nuestras peores desigualdades sociales, y una falsa ilusión de neutralidad tecnológica que puede terminar perpetuando las mismas barreras que pretendemos derribar. ¿De qué sirve desarrollar sistemas de tutoría inteligente si solo responden a los patrones de quienes siempre han tenido voz en el sistema educativo? ¿Qué valor tiene personalizar el aprendizaje si los parámetros de esa personalización reproducen estereotipos de género, clase o raza? El verdadero drama se manifiesta cuando un estudiante de bajos recursos es clasificado por un algoritmo que no comprende su contexto vital, cuando una prometedora carrera académica se trunca porque un sistema automatizado no supo reconocer un talento atípico, o cuando las universidades menos privilegiadas quedan rezagadas en una carrera tecnológica que profundiza la brecha educativa en lugar de cerrarla. Al frente de este cuadro, nuestra responsabilidad moral se pasa de utilizar únicamente estas herramientas; nos obliga a cuestionar sistemáticamente sus sesgos, a garantizar espacios de recursos humanos para recurrir contra decisiones algorítmicas, y especialmente, a no perder de vista que la verdadera excelencia educativa se mide no en términos de sofisticación tecnológica, sino en humanidad para sentir en cada estudiante no un dato más en una base, sino un universo único de posibilidades que ningún algoritmo será nunca capaz de capturar en toda su riqueza. La IA puede ser una herramienta poderosa, pero solo si la ponemos al servicio de una visión de educación que celebre precisamente lo que las máquinas no pueden replicar: nuestra imperfección humana, nuestra capacidad de sorpresa,

y nuestro compromiso irrenunciable con la equidad verdadera.

El análisis de la inteligencia artificial en la educación universitaria se enriquece gracias a la perspectiva de justicia social presentada por Fraser (2008), quien identifica tres elementos interrelacionados: la redistribución económica, el reconocimiento cultural y la representación política. Al aplicar este marco a la inteligencia artificial en el ámbito educativo, se puede notar que: (1) los sistemas basados en algoritmos tienden a perpetuar desigualdades económicas al favorecer a aquellas instituciones con mejor infraestructura tecnológica; (2) los prejuicios en los datos reflejan y refuerzan la falta de reconocimiento hacia las culturas minoritarias; y (3) la falta de inclusión de diversas voces en el proceso de diseño impide una participación democrática (Fraser, 2008). Para conseguir una implementación justa se necesitaría garantizar simultáneamente: acceso justo (reparto), algoritmos que consideren elementos de carácter cultural (reconocimiento) y procesos que promuevan participación (representación), de esta manera evitando a la inteligencia artificial reproducir las jerarquías sociales ya presentes.

En medio de este escenario de transformación tecnológica, las universidades tienen una responsabilidad que va mucho más allá de simplemente incorporar nuevas herramientas: deben convertirse en espacios donde se piense críticamente la tecnología, donde se reflexione sobre su sentido, sus límites y su impacto real en las personas. La inteligencia artificial, tan desarrollada como pueda ser, no puede y no debe sustituir a lo que hace valiosa la educación:

el encuentro humano, la escucha activa, el cuestionamiento compartido, el descubrimiento derivado del diálogo, la experiencia. Acompasarse al mundo de la educación superior no puede ser una opción fundada únicamente en el sentido de la eficiencia y la modernización, sino en la firme convicción de que la tecnología debe estar al servicio del desarrollo integral, no de su sustitución. Enseñar a un estudiante no es proporcionarle información, sino orientarlo para pensar, para sentir, para tomar decisiones con conciencia ética y compromiso social. Por eso, resulta fundamental que el uso de la IA se acompañe de marcos claros, de una formación sólida para docentes y estudiantes, y sobre todo de una mirada humana que no pierda de vista el corazón del proceso educativo. Aunque la tecnología nos facilita la organización de nuestro tiempo, la personalización de contenidos y la automatización de tareas diarias, existe un aspecto que ninguna máquina puede imitar: la calidez de una charla genuina, el impacto de un docente que motiva o la riqueza del conocimiento que se construye entre personas que realmente se encuentran. La cuestión principal no se centra solo en lo que la inteligencia artificial es capaz de realizar, sino en cómo, en un contexto que se automatiza cada vez más, decidimos continuar fomentando lo que realmente nos define como seres humanos. Y, lo más importante, cómo garantizamos que la universidad permanezca como ese lugar en el que no solo se obtienen conocimientos, sino donde también se enseña a convivir con los demás, a razonar de manera crítica y a crear un sentido de comunidad.

Implementar estas herramientas tecnológicas no solo demanda pasión; implica una responsabilidad definida,

apoyada por normas estrictas que garanticen un uso ético y enfoque en la enseñanza. Pero eso por sí solo no es suficiente: también es esencial un análisis continuo sobre el propósito de su empleo y el efecto real que generan en aquellos que educan y aquellos que aprenden. Hay que hacer que haya políticas institucionales que pasen de lo puramente técnico y administrativo a reconocer que detrás de cada algoritmo están personas que están aprendiendo y creciendo. Esto conlleva a establecer programas de formación continua que no solo preparen a docentes y alumnos en el uso práctico de estas herramientas, sino que también les permitan cultivar una visión crítica y creativa respecto a su aplicación. Es vital educar a maestros que sean capaces de identificar cuándo la tecnología enriquece el proceso de enseñanza y cuándo lo afecta negativamente, profesionales que puedan moverse en este nuevo contexto sin perder de vista lo fundamental: enseñar es una actividad intensamente humana que va mucho más allá de simplemente transmitir datos.

Las Universidades tienen el desafío de resistir la tentación de adoptar tecnologías por ser nuevas o debido a presiones de actualización; en su lugar, se necesita que ellas promuevan la sabiduría institucional y se preguntaran siempre: ¿esta herramienta verdaderamente enriquece la experiencia académica? ¿Hace el aprendizaje más humano o lo transforma en algo más distante? ¿Predispone a un aprendizaje profundo y transformador? Porque en el centro de la educación superior no hay algoritmos ni plataformas, sino personas: maestros que motivan, guían y desafían a sus alumnos; jóvenes que no solo adquieren habilidades técnicas, sino también conciencia ética

y capacidad de reflexión; individuos que crecen tanto intelectual como emocionalmente a través del diálogo, la mentoría y la experiencia compartida. La tecnología educativa más innovadora sólo tiene sentido cuando apoya esta conexión humana, no cuando intenta reemplazarla. Nuestro auténtico desafío no consiste en emplear la inteligencia artificial de manera aislada, sino en desarrollar maneras en que esta herramienta aporte sin sustituir lo fundamental: esa conexión especial que surge cuando un buen maestro identifica el potencial de un alumno y lo guía en su desarrollo.

La cuestión principal no es lo que la inteligencia artificial es capaz de hacer, sino qué clase de personas deseamos crear en una época digital. En este contexto, la tecnología tiene que apoyar los valores que fundamentan la educación: la libertad de pensamiento, la empatía, la responsabilidad social y la búsqueda conjunta del saber. Solo de esta manera se podrá asegurar que el uso de la inteligencia artificial potencie, y no fragmente, el aspecto profundamente humano del aprendizaje.

La transformación educativa que exige nuestro tiempo debe basarse en una idea fundamental: la tecnología tiene que facilitar la conexión entre las personas, en lugar de sustituirla. Esta perspectiva requiere formar a los docentes no solo en el uso de herramientas de inteligencia artificial, sino también en el desarrollo de una sensibilidad pedagógica que les permita identificar cuándo una mirada, un silencio compartido o una pregunta bien planteada pueden encender en el alumno esa chispa de comprensión que ninguna máquina puede prever. En la actualidad, es más necesario que nunca contar con

educadores que, al ser liberados por la tecnología de tareas repetitivas, puedan dedicar su tiempo y esfuerzo a lo que verdaderamente cuenta: acompañar con humanidad cada fase del aprendizaje, inspirar a través de la autenticidad de su ejemplo y promover el pensamiento crítico con la mezcla de firmeza y empatía que solo la experiencia humana puede ofrecer.

La revolución educativa que la actualidad nos demanda debe iniciar con un concepto sencillo pero significativo: la tecnología debe unirnos, no separarnos. En lugar de reemplazar la conexión entre las personas, su función debe ser reforzar y hacerla más relevante. Para alcanzar esto, requerimos educadores que no solo entiendan el funcionamiento técnico de la inteligencia artificial, sino que también desarrollen una perspectiva pedagógica atenta, capaz de valorar los momentos diarios en el aula: una mirada que acompaña, un silencio que presta atención y una pregunta que abre nuevas posibilidades. Son precisamente esos actos inesperados y profundamente humanos los que a menudo generan en el estudiante una comprensión real y perdurable, algo que no se puede planificar ni reducir a estadísticas. Por ello, uno de los principales retos actuales es preparar a los educadores que, al disponer del respaldo tecnológico para eliminar tareas monótonas, puedan concentrarse en lo fundamental: apoyar de manera cercana el aprendizaje, ajustarse a los ritmos y requerimientos de cada individuo, motivar con su presencia y experiencia, y crear espacios para el pensamiento crítico a través de la conexión humana. En la armonía entre las herramientas digitales y lo auténticamente humano se halla, quizás, el verdadero significado de la educación futura.

Esta visión requiere instituciones diseñadas con ética cotidiana, donde los algoritmos estén sometidos a permanente escrutinio por comités interdisciplinarios que incluyan no solo técnicos, sino filósofos, educadores y estudiantes. Donde cada decisión automatizada pueda ser apelada, discutida y contextualizada, reconociendo que detrás de cada dato hay una vida con circunstancias particulares que ningún sistema puede capturar en su totalidad. La equidad ya no tiene que ser un lema en lugar de una práctica cotidiana, empezando por admitir que la tecnología más actual es inútil sin ese ojo vigilante que identifica a cuándo un estudiante genial de un área rural necesita oportunidades diferentes a las de uno de un entorno privilegiado.

Una formación que realmente genere un cambio no debería limitarse a instruir sobre el uso de la tecnología, sino que debería centrarse en impulsar a los jóvenes a reflexionar de manera independiente y a analizar de qué forma esa tecnología impacta su entorno. No basta con enseñar a usar sistemas; es necesario educar personas que comprendan que detrás de cada algoritmo y cada interfaz, aunque parezcan neutros hay decisiones humanas cargadas de valores, intereses y, muchas veces, sesgos. Desarrollar esta mirada crítica es clave para que las nuevas generaciones puedan reconocer cuándo una tecnología no es equitativa, sino que reproduce prejuicios del pasado que necesitamos revisar y superar con urgencia.

En realidad, el verdadero signo de un cambio relevante en la educación no dependerá de cuán desarrolladas estén nuestras tecnologías de inteligencia artificial, sino de nuestra habilidad para crear entornos en los que lo humano siga siendo la prioridad y

la tecnología sirva únicamente como apoyo. Nos referimos a esos instantes singulares en los que un maestro identifica, a través de una mirada o un gesto, que un alumno ha asimilado algo de manera profunda; cuando una discusión en clase se desvía del plan original y surgen nuevas interrogantes; o cuando una sesión de tutoría se transforma en un verdadero encuentro, donde tanto el docente como el estudiante se enriquecen entre sí. Ese es el tipo de futuro que merece ser edificado: uno en el que las máquinas manejan lo técnico, y nosotros podamos concentrarnos en lo fundamental escucharlos, dialogar, acompañarnos y crecer no sólo como aprendices, sino como seres humanos plenos.

Este documento sugiere una meditación teórica fundamentada en un examen detallado de la literatura especializada en inteligencia artificial en el contexto universitario. Con base en este estudio, plantea una perspectiva interpretativa que conecta tres aspectos esenciales: 1) la pesquisa de los cimientos antropológicos de la educación (Immordino-Yang, 2022), 2) la pesquisa crítica de los discursos tecnopedagógicos más difundidos (Holmes et al., 2019; Selwyn, 2023), y 3) la consideración de experiencias institucionales pertinentes (Stanford, 2023; UB, 2023). El proceso de selección de las fuentes dio prioridad a contribuciones fundamentales y estudios recientes que a una reflexión pedagógica con análisis ético y tecnológico, aplicando criterios de relevancia temática, rigor académico y pluralidad de opiniones. Aunque la naturaleza teórica del estudio no tiene como objetivo hacer generalizaciones empíricas, presenta un marco conceptual sólido a través de la triangulación de enfoques y el diálogo crítico con las fuentes clave del ámbito (Luckin, 2018), lo que contribuye a

la reflexión sobre el humanismo digital en la educación superior.

Conclusión

En conclusión, la inteligencia artificial ha dejado de ser una promesa del futuro para convertirse en una realidad concreta y presente. En el ámbito universitario, su integración avanza rápidamente: sistemas automatizados de evaluación, asistentes virtuales y herramientas de análisis de datos que permiten personalizar el aprendizaje ya forman parte del día a día en muchas instituciones. Sin embargo, junto a este vertiginoso avance tecnológico, es fundamental detenernos a reflexionar más allá de lo estrictamente técnico. El desafío no está solo en incorporar nuevas herramientas, sino en repensar cómo estas transforman la experiencia educativa, las relaciones humanas que la sostienen y los valores que queremos preservar. Solo así podremos garantizar que el uso de la inteligencia artificial no desplace el sentido profundo de la educación, sino que lo fortalezca.

Ya que la cuestión fundamental no es simplemente cómo empleamos la Inteligencia Artificial, sino por qué y para qué la utilizamos. ¿Estamos edificando una educación que verdaderamente forme individuos críticos, creativos, empáticos y dedicados al mundo en el que residen? ¿O corremos el peligro de transformar la enseñanza en un proceso progresivamente más automatizado, quizás más eficaz, pero con menos humanidad?

En este contexto, el rol del docente no desaparece, sino que se transforma. Más que un simple transmisor de contenidos, el educador se vuelve una figura clave para

guiar, acompañar, provocar el pensamiento y generar sentido. La IA puede ofrecer información, sí, pero no puede reemplazar el vínculo, la escucha, el juicio ético ni la sensibilidad que implica enseñar.

Por lo tanto, más que maravillarnos con las capacidades de la tecnología, deberíamos cuestionarnos qué aspiramos a que la educación continúe siendo. No es suficiente con adoptar instrumentos novedosos: requerimos de una perspectiva crítica, ética y educativa que garantice que estas innovaciones estén verdaderamente orientadas al crecimiento integral de los individuos.

Este artículo no pretende ofrecer respuestas cerradas, sino más bien abrir preguntas necesarias e invitar a una reflexión colectiva sobre el papel de la inteligencia artificial en la educación. Porque el sentido auténtico de esta transformación lo establecerá no la tecnología, sino las decisiones que como sociedad tomemos: cómo escogemos incorporar estas herramientas, qué valorizamos más y qué clase de educación y de mundo queremos construir a partir de nuestros aula. Si estamos ante una revolución o una evolución constructiva dependerá, al fin y al cabo, de nuestra capacidad para mantener la dimensión humana en el centro del proceso educativo.

En el centro de la evolución educativa motivada por la inteligencia artificial se encuentra una verdad esencial: el núcleo de la enseñanza no se basa en la tecnología, sino en el vínculo humano único entre el educador y el alumno. Aunque los sistemas algorítmicos pueden mejorar los procesos y adaptar los contenidos, nunca podrán reproducir la dimensión profundamente humana de la educación: esa conexión singular donde un

docente, con mirada sabia y pasión por la enseñanza, identifica el momento preciso para motivar, retar o acompañar; donde una lección va más allá del programa escolar y se convierte en un espacio de diálogo entre generaciones; donde, además de impartir conocimientos, se desarrollan no sólo mentes críticas, sino también sensibilidades éticas y aspiraciones comunes. La auténtica revolución educativa no estará determinada por el nivel de sofisticación de nuestra tecnología, sino más bien por

la inteligencia con la que la empleemos para realzar nunca sustituir esos instantes mágicos en los que un educador ayuda a un estudiante a descubrir no sólo lo que ya conoce, sino quién puede llegar a ser. Al final, sin importar cómo evolucionen las herramientas, la educación seguirá siendo, en su esencia más profunda, un acto de confianza en el potencial humano, un intercambio entre almas inquisitivas y, sobre todo, un encuentro transformador que ninguna máquina podrá replicar jamás en toda su riqueza y belleza.

Referencias

- Holmes, W., Bialik, M., y Fadel, C. (2019). Artificial intelligence in education: Promises and implications for teaching and learning. Center for Curriculum Redesign. <https://curriculumredesign.org/wp-content/uploads/AIED-Book-Excerpt-CCR.pdf>
- Immordino-Yang, M. H. (2022). Emotions, learning, and the brain: Exploring the educational implications of affective neuroscience (2nd ed.). W. W. Norton y Company.
- Luckin, R. (2018). Machine learning and human intelligence: The future of education for the 21st century. UCL Institute of Education Press. <https://doi.org/10.14324/111.9781787353700>
- Selwyn, N. (2023). Should robots replace teachers? AI and the future of education (2nd ed.). Polity Press.
- Zawacki-Richter, O., Marín, V. I., Bond, M., y Gouverneur, F. (2020). Systematic review of research on artificial intelligence applications in higher education – Where are the educators? International Journal of Educational Technology in Higher Education, 16(1), Article 39. <https://doi.org/10.1186/s41239-019-0171-0>
- Stanford University. (2023). Human-Centered AI framework for education. Stanford Human-Centered Artificial Intelligence. <https://hai.stanford.edu>
- Universidad de Barcelona. (2023). Informe anual del Comité Ético de IA Educativa. UB Digital. <https://www.ub.edu/ubdigital/es/publicaciones>
- Freire, P. (2021). Pedagogía del oprimido (3.a ed.). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1970).
- Fraser, N. (2008). Escalas de justicia. Herder.

Fecha de recepción: 29 de agosto 2025

Fecha de aceptación: 01 de octubre 2025